

dispuso el desembarque de la gente, de las armas y de los caballos. Todo se hizo con el mayor orden y prontitud. El terreno en que desembarcaron era desigual, arenoso y cubierto de montecillos de arena. El sol se dejaba sentir abrasador y el aire sofocante. Los soldados empezaron á levantar inmediatamente encima del calcinado arenal ligeras chozas para guarecerse de los rayos solares, mientras dos carpinteros de la armada se ocupaban en construir, á toda prisa, un altar, con objeto de solemnizar la Pascua. Así se pasó el Viernes Santo, entregados todos á una penosa tarea, bajo los flamígeros rayos de un sol que en aquellas arenosas playas hiere terriblemente.

Aquel árido terreno, donde los españoles levantaron las primeras chozas en la Nueva España, fué mas tarde la hermosa y rica ciudad de Veracruz, punto el mas comercial de la América, durante la dominacion española, y puerto principal hoy de la república mejicana.

La construccion de las chozas se continuó al siguiente día, ayudando entonces á levantarlas un gran número de indios que envió con ese intento el atento gobernador Teuhtlile. La habitacion de Cortés y de sus principales capitanes se distinguian por la capacidad y por la abundancia de enramada que las cobijaba. Para suavizar la fuerza de los rayos del astro abrasador, los indios colocaron toldillos hechos de mantas blancas de algodón, á la entrada de las ligeras chozas, formando un pintoresco portal.

Era una poblacion improvisada por la necesidad, en un sitio árido, sin mas vegetacion que el de algunos arbustos, que fueron cortados para construir las principales barra-

cas. La provisional ciudad se veía rodeada de insalubres médanos y ciénagas, cuyas exhalaciones, alterando la atmósfera por el sofocante calor, producen esas mortíferas calenturas biliosas, llamadas *vómito*, que causan centenares de víctimas en los ardientes meses del verano, entre los individuos que van de los países frios ó templados (1).

La animacion empezó á reinar en aquel sitio hasta entonces solitario. Los indios de las poblaciones próximas se presentaron bien pronto, conduciendo jugosas frutas, aves, pescado, pan de maíz y preciosas joyas de oro que cambiaban por la corriente quincallería europea.

(1) En los primeros tiempos, aunque la enfermedad existia, puede decirse que era mas benigna, á causa de que siendo abierta y ventilada la poblacion nueva, el aire purificaba la atmósfera. Los verdaderos estragos de ella se dejaron sentir de una manera alarmante el año 1725. Por eso algunos han creído que el vómito tal vez no existió antes, y aun opinaban que podia haber ido de otra parte. El ilustre baron de Humboldt, en su *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, cree que la fiebre amarilla, ó vómito, «no es de ningun modo probable que haya ido de fuera,» y Conato, en su informe al prior, del Consulado de Veracruz, fecha del mes de Julio de 1803, le dice: «Veracruz no ha recibido el gérmen de esta cruel enfermedad ni de Siam, ni de Africa, ni de las islas Antillas, ni de Cartagena de Indias, ni de los Estados Unidos. Este gérmen se produjo en sí mismo, en su mismo territorio: existe allí siempre; pero no se manifiesta sino bajo la influencia de ciertas circunstancias del mismo clima.» Sabido es que el vómito no se manifiesta sino en ciertas épocas; pero nadie ha podido descubrir hasta el presente cuáles son las modificaciones de la atmósfera que en la zona tórrida, como dice Humboldt, «producen estas mutaciones periódicas.» Desde 1766 á 1774, esto es, por espacio de ocho años, no se dió en Veracruz un solo caso de vómito, y sin embargo, en otros anteriores la enfermedad hizo horribles estragos. El vómito empezó á repetirse anualmente desde 1794 hasta 1804, así que dejaban de reinar los vientos del Norte. En nuestro siglo la enfermedad aparece en el mes de Junio y termina en Octubre. Las causas que producen la enfermedad han existido siempre; así es que, aunque no tuvo el mal igual desarrollo al principio, porque la ciudad era menos populosa y carecia de murallas, que disminuyen la ventilacion, no por eso dejó de existir.

El campamento español se habia convertido en una concurrida feria, donde reinaba la mas completa armonía entre los contratantes. Muchos indios principales presentaron á Cortés algunos regalos, que fueron correspondidos con cuentas azules y abalorios, y por ellos supo que al siguiente dia se presentaria á visitarle el gobernador de la provincia, acompañado de la nobleza.

Hernan Cortés esperó adquirir, con la visita del gobernador, importantes noticias relativas á la situacion, productos y extension del país.

Al siguiente dia, Pascua de Resurreccion, Cortés, su oficialidad, la tropa y la marinería, se dispusieron á solemnizar debidamente la fiesta católica. Cuando la alegría y la satisfaccion reinaban en el campamento, se vió llegar al gobernador Teuhtlile y su lugarteniente Cuitlalpitoc, seguidos de un numeroso séquito de nobles y de centenares de indios, conduciendo abundantes presentes. El general español, acompañado de sus capitanes y soldados, se adelantó á recibirle cortesmente, queriendo, con el brillo que se rodeaba, manifestar lo mucho en que tenia al emperador de Méjico representado allí por su gobernador.

Teuhtlile, con la dignidad y cortesanía que resaltaban en los embajadores aztecas, correspondió al saludo de Cortés, y le felicitó por su llegada. Cumplidos con los deberes de la urbanidad, el jefe español, por medio de los intérpretes Aguilar y Marina, le suplicó que le permitiese, antes de pasar á conferenciar, cumplir con sus deberes religiosos, pues era precisamente la hora dispuesta para ellos.

El gobernador azteca contestó que obrase libremente,

pues su solo deseo era complacer á sus nobles huéspedes y de ninguna manera molestarles.

Próximo al sitio en que Cortés habia salido á recibir á Teuhtlile, se levantaba el altar católico, terminado el dia anterior por los carpinteros de la armada. Se habia colocado sobre él una imágen de Nuestra Señora, y formaban la bóveda del sitio consagrado á la religion, ligeros toldos de blancas mantas, que los indios presentaron y que, solícitos, ayudaron á colocar.

Hernan Cortés y la oficialidad se colocaron á corta distancia del altar: la tropa, la marinería y los indios de Cuba, en largas hileras. Un silencio profundo reinaba en los concurrentes: el recogimiento en que todos se hallaban era notable. El padre Fray Bartolomé de Olmedo, revestido con sus mejores ornamentos, cantó la misa, oficiándola el padre D. Juan Diaz, Gerónimo de Aguilar y algunos soldados que conocian el canto de la Iglesia y estaban dotados de buena voz. Los gobernadores indios Teuhtlile y Cuitlalpitoc, lo mismo que los nobles y gente que les acompañaban, presenciaban con asombro y respeto la ceremonia, guardando la mas respetuosa compostura (1).

Terminada la ceremonia religiosa, Hernan Cortés condujo á los dos gobernadores mejicanos á su tienda de cam-

(1) Solís, interpretando mal lo que dice Bernal Diaz del Castillo respecto á la primera ceremonia religiosa celebrada en aquel sitio, lo censura, asegurando que afirma que se celebró misa el Viernes Santo. No examinó bien lo dicho por Bernal Diaz, pues éste lo único que asegura, es que se empezó á construir el altar el mismo dia de Viernes Santo que saltaron á tierra, «adónde se dijo luego misa». Pero este luego no indica inmediatamente, sino luego que se acabó,

paña, donde había mandado disponer una espléndida mesa en que se encontraban excelentes manjares y exquisitos vinos generosos. Teuhtlile y Chitlaltitoc fueron colocados en el sitio preferente, y Cortés y sus mas distinguidos capitanes ocuparon los demás asientos, en el orden correspondiente á sus categorías ó grados.

Despues del banquete, que duró largo tiempo, mandó llamar Cortés á sus intérpretes Gerónimo de Aguilar y Marina, para que expusiesen los embajadores el motivo de su visita y hacerles saber en seguida el objeto que le habia conducido á las playas mejicanas. Teuhtlile fué el que tomó la palabra, preguntando á Hernan Cortés de qué país procedia y cuál era el objeto de su llegada. Contestó el general español «que habia llegado allí por orden de uno de los monarcas mas poderosos de la tierra, llamado Cárlos V, dueño de grandes reinos y de numerosos vasallos; que habiendo llegado á oídos de S. M. la fama de la grandeza del imperio mejicano y de su emperador Moctezuma II, le enviaba para establecer con él amistosas relaciones, siendo portador de valiosos presentes y de un importante mensaje que debia, como embajador, entregar á Moctezuma personalmente, para lo cual deseaba saber dónde podria verle y hablarle».

y mal se podia haber acabado antes del medio dia. Basta, para convencerse de que Bernal Diaz no quiso decir lo que Solís cree que dijo, leer las palabras que trae referentes á la recepcion de los gobernadores hecha el domingo. «Y les mandó que esperasen y que luego les hablaria, y entre tanto mandó hacer un altar lo mejor que en aquel tiempo se pudo hacer». Este «entre tanto», indica que se acababa de concluir; lo mismo que el «luego» de antes, equivale á pocos dias despues.

La pretension de hablar á Moctezuma le pareció al gobernador azteca demasiado alta. Acostumbrados á ver á sus soberanos como á seres divinizados, creyó que la solitud de Cortés excedia los límites de lo posible, y le dijo con acento grave y aire de orgullo: «Extraño es, por cierto, que cuando apenas llevais dos dias de haber llegado, trateis de hablar al emperador Moctezuma». Luego tomando un acento mas dulce, y dejando su aspecto grave, añadió: «que se maravillaba de oír que hubiese un soberano que pudiera igualarse en poder y grandeza al emperador de Méjico; pero que si, con efecto, habia otro que se encontrase á igual altura, no dudaba que se complaceria en establecer relaciones amistosas con él». Dichas estas palabras, mandó Teuhtlile á los numerosos esclavos que llevaba, que colocasen ante el general español el presente de que eran portadores. Los indios entraron en la tienda de Cortés con los regalos, que consistian en gallinas, pescados, pan de maíz, considerable número de ropa de algodón, brillantes plumas de diversos colores, muchas piezas de oro artísticamente trabajadas, figurando pajaritos, mariposas y diversos animales, y variós hilos de perlas de bastante valor. El gobernador se habia propuesto con aquel regalo dar una idea elevada de la riqueza que debia rodear al monarca de quien era vasallo.

Hernan Cortés se manifestó agradecido al obsequio, que revelaba la deferencia de los mejicanos hácia los enviados del emperador Cárlos V, y mandó que se trajera y extendiese ante los embajadores aztecas, el presente que debian llevar á Moctezuma. Se componia el presente, de una preciosa silla de brazos, adornada de admirables entalla-

duras y lujosamente adornada; de varios collares de vistosas cuentas de vidrio, no menos apreciables para los indios que carecian de ellas, como lo podian ser para los europeos las perlas y los brillantes; de una gorra carmesí, con una medalla de oro, representando á San Jorge á caballo, hiriendo á un dragon con su lanza; y de algunos brazaletes de piedras azules, que los indios miraban con particular predileccion. Habia entre los soldados que se hallaban mirando los regalos que se hacian, un soldado español que llevaba puesto un yelmo dorado. Teuhtlile se quedó mirándolo fijamente. Aquel casco presentaba la misma forma que, segun la tradicion religiosa de los aztecas, tenia la celada que llevaba en Méjico el dios del aire Quetzacoatl. Esto robusteció la idea de que los españoles eran los hombres blancos y barbudos prometidos por la celestidad. El gobernador azteca manifestó á Cortés vivos deseos de enviar al emperador Moctezuma el dorado yelmo, para que lo viese, y el general español se apresuró á complacerle. «Enviádselo, le dijo; y haced que al devolvérmelo, venga llenó de granos de oro, pues tengo afan de saber si el oro que produce esta tierra, es de la calidad del que llevan nuestros rios, para enviárselo de muestra á mi emperador».

En tanto que los embajadores aztecas y Cortés se ocupaban de los presentes que mutuamente se hacian, varios pintores que habia llevado Teuhtlile, dibujaban en grandes pliegos hechos de hojas de maguey, los barcos, los cañones, las armas, el traje y los principales capitanes de la armada, incluso el general. Llamó la atencion de Hernan Cortés aquello, y preguntó á Teuhtlile con qué objeto lo

hacian: «Con el de dar á nuestro monarca Moctezuma, contestó el gobernador azteca, una idea exacta de todo lo que hay en el campamento». Aplaudió el jefe castellano la idea; y conociendo el notable provecho que podria resultar á su empresa de manifestar el poder de sus armas, mandó que se cargasen bien todos los cañones; que se colocase en sitio conveniente la artillería, y que Pedro de Alvarado y los demás caballeros que formaban el corto, pero lucido escuadron, se presentasen en sus briosos corceles. Todo se hizo á medida del deseo. Hernan Cortés se puso al frente de la caballería, y las evoluciones empezaron con un órden admirable. Para que los corceles pudiesen correr con mas libertad y obedecer á la rienda para hacerles volver rápidamente ya á un lado ya á otro, se dirigieron á la playa que estaba plana. Teuhtlile, Cuitlalpitoc, los nobles que les acompañaban, los pintores y la multitud, miraban asombrados el rápido movimiento de los caballos, la destreza de los jinetes y el manejo de las brillantes espadas, cuyas cortantes hojas relumbraban heridas por los fulgentes rayos del sol. Hernan Cortés, acercándose en aquel instante á los artilleros, junto á los cuales se hallaban los personajes aztecas, mandó disparar las piezas. La órden fué obedecida en el acto, y los cañones, con estruendo espantoso que estremeció á los que por primera vez escuchaban su terrible detonacion, lanzaron gruesas balas de piedra, que fueron dando enormes saltos por la ancha orilla de la playa.

El asombro de los embajadores aztecas fué indescripible; y no dudó Hernan Cortés que la relacion que por medio de la *escrito-pintura* hiciesen al emperador de lo

que acababan de ver, produciría un efecto prodigioso.

Terminado el simulacro, el general español volvió á entrar en conversacion con los embajadores aztecas y á indicar su deseo de tener una entrevista con Moctezuma. El gobernador Teuhtlile le contestó que él mismo iba á ponerse en camino para presentar al monarca los regalos enviados por el soberano de Castilla y manifestarle la entrevista que solicitaba. Al despedirse, Hernan Cortés les abrazó, y el personaje azteca se alejó del campo español, acompañado de sus nobles, con los mismos honores con que se habia presentado, encargando á todos los habitantes de las poblaciones cercanas, que proporcionasen á los españoles todas las provisiones que necesitasen. Esta fué la primera entrevista, bien lisonjera, por cierto, para los expedicionarios, que tuvo el general español con los enviados del poderoso emperador Moctezuma.

CAPÍTULO XVIII

El gobernador ordena á los pueblos próximos á la playa que provean á los españoles de todo lo necesario.—Se establece un comercio activo entre indios y castellanos.—Moctezuma rehusa la entrevista solicitada por Cortés y le envía un rico presente con sus embajadores.—Objetos de que se componia el regalo.—Valor de él.—Insiste Cortés en tener la entrevista con Moctezuma.—Vuelven los embajadores con nuevo presente de Moctezuma, pero negándole absolutamente la recepcion.—Ruptura de relaciones entre mejicanos y españoles.—Cortés resuelve cambiar de campamento.

El gobernador azteca Teuhtlile llegó á la ciudad en que residia, admirado de lo que habia presenciado en el campamento castellano. Habia visto el humo y el fuego que precedia al terrible trueno de los cañones, cuyas balas recorrian un largo trayecto dando enormes saltos y destruyendo lo que encontraban: habia presenciado la carrera de los briosos corceles, obedientes á la voluntad de los hombres extraordinarios que al volverlos de un sitio á otro esgrimian sus relucientes armas; tenia conocimiento de